

Marcelo Bonelli, *Un país en deuda. La Argentina y su imposible relación con el FMI*. Buenos Aires, Editorial Planeta, 2005, 366 pp.

Leer el libro de Marcelo Bonelli es como leer una buena novela policial, con la diferencia de que el autor aborda un tema serio: el devenir económico del país en los últimos 30 años. Pero lo hace desde un ángulo que un periodista económico, con su contacto cercano con los personajes que hoy conforman la historia, puede tratar con más facilidad que profesores o académicos, lo cual, unido a un tratamiento ágil y hasta en muchos casos con un sutil sentido del humor y del misterio, lo vincula con las novelas de Chandler y Hammett. Personalmente, no creo que los libros que traten sobre la economía argentina deban ser aburridos o escritos con una jerga incomprensible para ser leídos sólo por especialistas o expertos en descifrar códigos secretos. ¡Cuanto mal le han hecho a nuestra sociedad los que usaron la desinformación o el lenguaje más obtuso posible para esconder a la gente lo que en verdad debería pertenecerle en toda democracia: un conocimiento lo más preciso posible de la realidad en que viven! Del mismo modo con que se procuró ocultar los horrores de la dictadura militar, los eruditos economistas del “neoliberalismo” y muchos periodistas acólitos trataron de tapar o distorsionar el “horror económico” que subyacía en las políticas que predominaron en las últimas décadas. Incluso los pronósticos errados no lo eran sólo por ignorancia o desconocimiento de la materia, sino porque constituían una forma de manipular esa realidad.

En el libro de Bonelli tenemos definido muy claramente el sujeto del crimen: la economía argentina y la gran mayoría de la población que vive en este país y

debió padecer su debacle y con ella el estigma del desempleo, la pobreza y la creciente desigualdad de ingresos. Una víctima a la que no se mató de un solo golpe, sino a la que se fue desangrando poco a poco hasta dejarla exánime. Los victimarios de esta historia tenebrosa, como en las buenas novelas policiales, no sólo eran organizaciones locales y extranjeras (unidas al estilo de las mafias por secretas alianzas o acuerdos, urdidos generalmente en residencias de lujo en distintos lugares del mundo) sino que sus sombras se proyectaban desde un pasado oscuro, que el autor no teme, como otros economistas (y como Chandler o Hammett) develar. No sabemos, en verdad, si algún Martínez de Hoz estuvo en las negociaciones del primer empréstito maldito con la Baring Brothers, pero podemos fácilmente suponerlo y el círculo para descubrir a los culpables se cierra. Porque el hilo de Ariadna que nos conduce una y otra vez en la trama del crimen es el endeudamiento externo, el oro o billetes que los prestamistas, en combinación con sus socios locales, nos ofrecieron como maná del cielo para multiplicar fácilmente sus ganancias; sabemos como la mafia trata a los que no les pagan: basta ver cualquier película de Coppola o Scorsese.

Los personajes locales, bien trazados por Bonelli, que los pudo conocer de cerca, tienen el cuello largo y el perfil ganchudo, como el malo de los Simpson, o parecen temperamentales y vociferantes, con un tinte napoleónico, o sufren extrañas transformaciones a la altura de sus patillas aunque no crezcan ni un milímetro. Hay otros muchos, pero más grises, más desteñidos, aunque no por ello menos empeñados en empujar al país al desastre. Los extranjeros tienen todos los tipos y acentos, pero en el fondo del espejo se recorta una figura: la madrastra rubia de Blancanieves.

Claro que nos estamos olvidando del arma principal, que en este caso no es un cuchillo ni un revolver y ni siquiera una ametralladora, sino una institución de tres siglas: el FMI. Es cierto que este arma mortal no fue creada con ese fin: en Bretton Woods, durante la Segunda Guerra Mundial, se pensaba en evitar para siempre una crisis tan profunda y prolongada como la de los años '30, que en definitiva terminó conduciendo a la tragedia bélica. Así, el estatuto inicial del Fondo Monetario Internacional establecía como uno de sus objetivos principales facilitar la expansión y el crecimiento equilibrado del comercio internacional, contribuyendo al fomento y mantenimiento de altos niveles de ocupación y renta real, así como al desarrollo productivo de todos los miembros. Los fantasmas primigenios eran la deflación y la depresión, no la inflación y la inestabilidad económica derivada de los procesos de crecimiento. Pero los poderosos se encargaron de hacer un Frankenstein a su medida, sobre todo cuando los vientos ideológicos cambiaron y el pobre Keynes quedó enterrado para siempre, incluso en las escuelas de economía.

En primer lugar, tanto el FMI como el Banco Mundial estuvieron desde un principio controlados en su administración por los gobiernos de los países poderosos, que aportaron más dinero: EEUU y las potencias de Europa Occidental, que se repartieron la presidencia de cada uno de los dos y condicionaron sus políticas. En segundo lugar, los propósitos iniciales se alteraron y ambos organismos se transformaron en verdaderos "guardianes del dinero" de la comunidad financiera

internacional, ayudando a fomentar los capitales especulativos y las políticas de ajuste en los países periféricos para garantizar el pago de sus deudas. Como lo señaló bien Joseph Stiglitz, el ex vicepresidente del Banco Mundial, esos organismos resultaron responsables de la crisis mundial de fines de los años '90 y sus recomendaciones fueron, sobre todo, altamente perjudiciales para los países deudores, además de convertirse también en importantes acreedores.

El libro de Marcelo Bonelli nos da los instrumentos para entender esta historia, articulando con acierto sus conocimientos económicos con su función de periodista y su aproximación personal a los protagonistas. Pero también recurriendo sin temores a un pasado más remoto a fin de desentrañar las causas estructurales de los ciclos de endeudamiento, que desde 1824 azotan al país: Avellaneda y Carlos Pellegrini no sólo son ciudades o calles importantes sino también mojoneros de esa historia. Esta combinación entre el periodismo, la economía y la historia, yendo y viniendo hacia delante y hacia atrás y no perdiendo nunca de vista en la narración ni los avatares del endeudamiento, ni la situación interna del país, ni el rumbo de las negociaciones con los organismos internacionales, ni las políticas dominantes y el perfil de los personajes, es lo que da al libro un aire de novela. Y si éste comienza por las negociaciones casi actuales del ministro Lavagna con Rodríguez Rato, pronto enfila hacia los orígenes del modelo rentístico-financiero que padeció el país desde la dictadura militar de 1976 y no se olvida de ubicar ese momento tanto en la coyuntura internacional como en la nacional.

La crisis económica internacional que se desarrolla a comienzos de los años '70, cuando Estados Unidos no puede sostener más la demanda de conversión de dólares a oro y el gobierno de Nixon decreta el fin de la convertibilidad y cuando los países de la OPEP elevan los precios del petróleo y alimentan con los llamados petrodólares la sobreabundancia de eurodólares baratos en busca de mayor rentabilidad, constituye el comienzo de una nueva etapa en la economía mundial. Llegaba la hora de reciclar esas nuevas disponibilidades y los mercados financieros del Tercer Mundo aparecían como sitios ideales; el endeudamiento externo se convirtió así en una herramienta sofisticada para estructurar las economías periféricas de acuerdo a las necesidades de los países desarrollados. Esto permitió no sólo colocar excedentes financieros sino también comerciales y coincidió en América Latina con las dictaduras de Pinochet y Videla, que tuvieron el financiamiento necesario para poder hacer políticas aperturistas y de desregulación financiera, las que sólo algunos años después se consolidaron en el mundo. El neoliberalismo no se inventó con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, se inventó en América Latina: países periféricos como Chile y la Argentina tuvieron el dudoso honor de haber sido precursores en este sentido.

Los organismos financieros, a su vez, adquirieron una responsabilidad mayor en este movimiento de capitales que alentaron y garantizaron. El FMI pasó de pretender mantener la estabilidad de las monedas financiando déficit de balanzas de pagos temporarios a encargarse de aconsejar políticas de ajuste, reestructuración y disciplinamiento social de las economías en desarrollo, ahora endeudadas. El Banco Mundial se concentró en promover la inversión privada e incitar a los paí-

ses del sur a tomar préstamos a fin de modernizar sus aparatos de exportación y conectarse más estrechamente al mercado mundial. En esto tuvieron la conformidad de las clases dirigentes locales, para quienes el propio enriquecimiento personal comenzó a vincularse, principalmente, al endeudamiento externo.

Al mismo tiempo, como bien señala Bonelli, la dictadura militar resultó la "solución final", tan ansiada por las elites liberales, para terminar con una industrialización no deseada y basada, sobre todo, en alianzas políticas populistas donde la clase trabajadora tenía un rol central y donde había fecundado la guerrilla y se había propiciado el caos político. El terrorismo de Estado tuvo como justificación eliminar ese orden de cosas y como objetivo, a través de la conducción económica, crear un nuevo modelo económico a fin de evitar para siempre la vuelta a ese pasado revulsivo. Ya asoma la convertibilidad a través de la tablita cambiaria y se pone en marcha un nuevo sistema financiero. Apertura externa y desregulación van de la mano y si faltan las privatizaciones es porque el estado y las empresas estatales pertenecen ahora a los militares y a las nuevas elites económicas, que las utilizan en su propio beneficio. Un endeudamiento externo descomunal, la fuga de capitales, el derrumbe de la industria, la drástica caída del nivel de vida de la población, junto los grandes beneficios de unas pocas grandes empresas, bancos y grupos económicos fueron el resultado de esas políticas. Paradójicamente, con un proceso hiperinflacionario en marcha que es lo que inicialmente se trataba de evitar.

Lo que sigue es quizás lo más jugoso del libro, porque el autor estuvo en la mayor parte de las instancias económicas que padeció el país. Sin ser economista el Teorema de Grinspun asoma entre sus primicias periodísticas. En el retorno de la democracia el nuevo ministro le dice al periodista, cuando le pregunta por su programa económico, que si el tuviera un programa elaborado no habría sido nombrado ministro. Seguramente fue una broma de alguien que conocía bien los intrincados caminos del poder y que intentó darle pelea al FMI y defender intereses nacionales (así le fue en aquel momento), pero esa frase también indicaba que no existía un proyecto claro de país o que los apoyos económicos y políticos eran endebles y diversos y más valía no pronunciarse para acceder a un cargo. Además, la economía mundial se había dado vuelta. Se produjo lo que Prebisch llamó la "coyuntura inversa". Frente a la creciente recesión en los EEUU, la Reserva Federal aumentó las tasas de interés para atraer capitales creando así una formidable crisis de la deuda externa latinoamericana, que tuvo su máxima expresión con la debacle mexicana de 1982 y alcanzó de lleno a la economía argentina, altamente endeudada. Comenzaba la primera "década perdida" y los gobiernos de la región, aconsejados por el FMI y el Banco Mundial se dedicaron a administrar el pago de la deuda con políticas de ajuste de distinto tipo. Los flujos de capitales se detuvieron pero el endeudamiento, por el aumento de los intereses, creció vertiginosamente. El plan Austral nació como otro esbozo de convertibilidad pero fracasó pronto. En cambio, se vino de nuevo un proceso hiperinflacionario, pero ahora la situación nacional e internacional volvía a cambiar.

En lo interno apareció el líder populista neoliberal que muchos ansiaban, por fin, para defender con votos los intereses de las elites de siempre. En el frente externo volvió a darse vuelta la tortilla: el fin del comunismo y la globalización financiera crearon una gran liquidez internacional con dólares baratos que se volcaron ávidamente hacia el Tercer Mundo. El nuevo experimento neoliberal iba a tener otra vez, como la dictadura militar, un abundante financiamiento.

Y aquí empieza el verdadero programa neoliberal basado en los principios del "Consenso de Washington", formulado justamente en ese dramático comienzo de la década del 90 y que los gobiernos argentinos mantendrían sin cambios hasta la crisis final del 2001. Apertura, desregulación financiera y venta de todos los activos nacionales ahora irían de la mano del endeudamiento desenfrenado y la fuga de capitales. Pero la piedra angular iba a ser la convertibilidad, tantas veces amagada y definitivamente adoptada con el nuevo ministro, el de la voz vociferante. Aquí Bonelli es terminante: aunque el FMI se excuse y se contradiga, y aunque en un principio haya temido por sus resultados, terminará respaldando el experimento por una década, hasta sus últimas consecuencias. En propias palabras del autor: el FMI apoyó la convertibilidad porque "era el engranaje necesario para la política económica que beneficiaba en forma multimillonaria los negocios internacionales vinculados con la banca, la jubilación privada y la especulación financiera". Junto con la apertura y desregulación total de la economía la estabilidad de la moneda, falsa por donde se la mirara, era la garantía que necesitaban los grandes grupos nacionales y extranjeros que hicieron fortuna en esos años, políticos corruptos mediante.

Lo más desopilante de este libro que, como ya dije, va y viene, se refiere al apogeo de esta etapa, aunque aparezca escrito unas páginas antes de comenzar a analizar el nuevo modelo, es el relato de lo que ocurrió el 6 de octubre de 1998, en un episodio que ya nadie recuerda y del cual el autor fue testigo presencial. En ese día Michel Camdessus, el entonces presidente del FMI, elogiaba frente a un exultante presidente argentino, cuya estatura mundial parecía haber crecido de golpe al lado de su poderoso compañero de escena, el presidente Clinton, nuestro exitoso modelo económico. Ya había estallado la crisis en el sudeste asiático y el mundo financiero se tambaleaba, de modo que nada mejor que mostrar públicamente al mejor alumno, el que había hecho todos los deberes y que con dos pesos no sólo podía comprar un dólar sino, milagrosamente, dos. Aunque algunos argentinos se apresuraban a ir a Disneylandia, no necesitaban hacerlo, el mundo de fantasía se había instalado en nuestro país: una verdadera tienda de lujo, cara pero la mejor.

No voy a entrar en tanto detalle sobre lo que sigue en el libro y que podría llamarse crónica de un default anunciado: es quizás lo más interesante y los lectores merecen conocer mejor los entretelones de un crimen cuyo responsable, como en el Fantasma de la Opera, se escondía en las "coulisses" del escenario. Aquí Bonelli esta en su salsa porque va describiendo uno a uno a personajes reales que parecen de ficción. Argentinos complacientes y sumisos que, a diferencia de Avellaneda y Pellegrini, no tendrán su nombre en ninguna calle aunque sus som-

bras deambularán para siempre en los callejones más oscuros de nuestra historia. Extranjeros de distinto pelaje, sobre todo engolados funcionarios de los organismos internacionales, cuyo origen ciudadano sólo se adivina por el color de la piel o los acentos exóticos y que Kafka hubiera situado en su laberíntico pabellón de indiferenciados burócratas, aconsejando políticas de ajuste y sacrificios o prometiendo financiamientos usurarios para que continuemos pagando nuestra deuda y engrosando las ganancias de unos pocos. La labor del periodista, en este caso, en la búsqueda de la entrevista o de la información, del contenido de las reuniones secretas, de la fugaz presencia de los protagonistas en ciudades o escenarios distintos, no está exenta de aventuras diversas, desde piedras y gases lacrimógenos hasta oficinas ocultas, ascensores o residencias suntuosas. Las preguntas y las respuestas van y vienen, las verdades se esconden tras las sonrisas o los ceños fruncidos. Y allí interviene el economista, que analiza, desmenuza la información y le da sentido y el investigador que no se conforma con lo que se dice y va en busca de los documentos y las pruebas contundentes.

Analista mordaz, Bonelli deja pocos títeres con cabeza, y el FMI y sus cómplices argentinos son los primeros: aunque a veces, sin abandonar su crítica a las políticas seguidas, es más indulgente en lo personal con alguno de los personajes. En estos casos la prudencia del periodista tiene que ver con su mismo oficio, pero es disculpable. Lo principal ya estaba dicho y el autor lo refirma en sus conclusiones: primero, que para encarar el problema del endeudamiento la Argentina necesita un programa de crecimiento integral y sostenido que permita una redistribución progresiva de los ingresos y la disminución de la pobreza. Segundo, que la aparición y el crecimiento de la deuda externa es la consecuencia necesaria de un régimen económico que se instauró desde los albores de la nación y se profundizó con el "Rodrigazo", Martínez de Hoz y Carlos Menem. Tercero, que el FMI es un instrumento al servicio de las multinacionales y del negocio financiero mundial.

Pero el autor aporta también sus ideas en cuanto a la salida de la crisis: para él los tres pilares en los que debe apoyarse la solución al problema de la deuda y de la marginación social son la formulación de un verdadero plan de crecimiento, un replanteo de las negociaciones con el Fondo en defensa de los intereses nacionales y la existencia un movimiento político-económico que sostenga estas políticas.

La Facultad de Ciencias Económicas, a través de su Grupo Fénix, y ahora del Museo de la Deuda Externa, ha dado y continúa dando respuestas a esas cuestiones y el posgrado en Periodismo Económico, que también ofrece esta casa de estudios, constituye un aporte en la formación de periodistas preparados para analizar sin tapujos nuestra realidad económica, como ya lo hace Bonelli, que estudió en estas aulas la licenciatura en economía.

Para terminar, los argentinos no necesitamos adivinar demasiado para conocer las causas y a los responsables de nuestros propios padecimientos. En cambio, nos viene bien analizar una y otra vez esta experiencia a fondo para no volver a repetirla nunca más.

Mario Rapoport

Marcelo Rougier, *Industria, finanzas e instituciones en la Argentina. La experiencia del Banco Nacional de Desarrollo 1967-1976*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, 350 pp.

El estudio de la relación entre la banca, los empresarios y el crecimiento económico ha concitado, desde hace ya varios decenios, una considerable atención entre historiadores, economistas y otros estudiosos de las ciencias sociales. En el caso de la historiografía económica, desde las primeras aportaciones de Landes y Gerschenkron, y más tarde Cameron, tomó impulso una sólida corriente de estudios que ha continuado desarrollándose desde entonces. Convergentemente, y desde la misma época, economistas de diversa extracción se ocuparon de subrayar la crucial importancia del sistema bancario y de las estructuras financieras en general, en el funcionamiento de las economías capitalistas maduras y, consecuentemente, en las estrategias de desarrollo que se formulaban.

En América Latina han sido escasos los trabajos dedicados a indagar en la evolución histórica del sistema y las instituciones financieras, y su relación con los avatares, mucho menos lucidos, de las economías nacionales. En la historiografía económica argentina hubo algunos aportes focalizados en el estudio de determinadas instituciones, orientados principalmente a revisar su papel respecto de la economía agraria anterior a 1930. Para el período posterior, en el que se asiste al despliegue de la industrialización por sustitución de importaciones y de las políticas de industrialización y desarrollo, el bagaje de los estudios es aún más escueto.

El libro de Marcelo Rougier, sobre la experiencia del Banco Nacional de Desarrollo entre 1967 y 1976, que continúa investigaciones previas de su autor sobre la trayectoria de esta institución desde 1944, viene a cubrir en parte ese enorme vacío. El trabajo presenta, de una manera excepcional como en muy pocos casos de la literatura sobre el tema, un estudio sistemático y detallado de la acción crediticia de esa entidad, a partir de una base de datos en la que reunió información de millares de operaciones llevadas a cabo en esos años.

El autor, al tiempo que aborda el desempeño de la entidad financiera en relación al universo de sus prestatarios, se propone evaluar su papel como instrumento de las políticas públicas dirigidas a la industrialización en esos años. De tal manera, abreva en la corriente de estudios que en la Argentina ha abordado los instrumentos de política industrial desde la segunda posguerra, así como en los enfoques sobre el papel de las instituciones (North) y la acción relativamente autónoma –pero “enraizada”– del Estado en el desempeño económico de las naciones (Evans). Lo que Rougier se propone es evaluar el juego recíproco entre las “capacidades estatales” evidenciadas por la institución, y las presiones sectoriales que ésta debió afrontar como claves para interpretar los resultados de su desempeño. Sobre este último punto adelanta la hipótesis de una esencial ambigüedad entre dos misiones que tensarían su acción: la de apoyar la emergencia de nuevas empresas, promoviendo cambios en la estructura industrial en un sentido bien determinado, y la de sostener a las empresas ya establecidas, lo que tendería a congelar la estructura existente.

El trabajo se estructura en ocho capítulos agrupados en tres grandes secciones, y un "epílogo" referido al período inmediatamente posterior (1976-83). En la primera sección, de naturaleza introductoria, el autor aborda aspectos del contexto que permiten entender el proceso de cambios que se estudian más adelante. Primero aborda los debates y consensos suscitados en la América Latina de los años 60 en torno a las estrategias para el desarrollo económico, y las experiencias de instituciones financieras especializadas en ciertos países (Brasil, México), que servirán de parámetro para la reformulación que se intentará del Banco Industrial argentino. Luego aborda el caso argentino, con especial referencia a las controversias suscitadas hacia mediados de los años 60 en torno a la orientación que debía imprimirse a la política industrial. A través de un apretado repaso histórico, desde fines de los años 40, se examinan los fracasados intentos de convertir al mercado de valores en el ámbito de financiación de largo plazo de las empresas, así como la trayectoria igualmente frustrante del Banco Industrial desde su creación. En ese sentido, el contraste entre los reiterados propósitos de apoyar las inversiones industriales y el desarrollo regional, y las persistentes realidades de un Banco orientado hacia el crédito "de evolución" (de corto y mediano plazo), parece un premonitorio anticipo de los dilemas en los que va a discurrir la nueva historia.

Los tres capítulos siguientes conforman la segunda parte del libro, la más medular tanto por la extensión como por la densidad empírica del análisis, en los que se aborda la acción crediticia de la entidad en los nueve años comprendidos entre marzo de 1967, fecha de lanzamiento del plan de Krieger Vasena, y marzo de 1976. El período es dividido en trienios, que se corresponden bastante bien con los más significativos cambios políticos: los años del onganiato, la última fase de la "Revolución Argentina", y el breve retorno a la democracia bajo las presidencias de Cámpora, Perón e Isabel. En rigor, si bien la gestión de los sucesivos gobiernos, y sus políticas económicas, marcan una impronta decisiva sobre la acción del Banco, lo cierto es que juega también una dinámica inercial que produce en esta periodización ciertos "descalces". Así, en 1970, y en menor grado en 1973, se encuentran elementos de continuidad con la etapa previa que tienden a limitar la validez de la cesura.

La estructura de estos capítulos contiene tres partes sustanciales, una dedicada a la política económica e industrial de los respectivos gobiernos, otra al marco legal y organizativo del Banco y la tercera, a la acción crediticia propiamente dicha, a través de un análisis detallado de las operaciones. Para ello se basa tanto en los datos consolidados de los balances, como en aquellos desagregados —y recopilados laboriosamente por el autor— de los libros de actas del directorio. El orden revela las prioridades del autor, que procura decodificar la acción del Banco en términos de política industrial, aunque a veces lo más relevante para entenderla radique en otros niveles de la política económica, como el monetario. Por el mismo motivo, la estructura de los recursos es abordada junto con el marco legal y organizativo, cuando desde una perspectiva más puramente bancaria hubiera sido esperable su tratamiento en simetría con los créditos.

La entidad continuó denominándose Banco Industrial hasta 1971, es decir hasta promediar el segundo trienio. No obstante el autor considera que desde 1967 fue asumiendo las características de un banco de desarrollo, de modo más claro incluso que cuando adquiere la nueva denominación. El rasgo decisivo habría sido la importancia creciente de los créditos para inversiones fijas, y el descenso de los destinados a la "evolución". Para esto influyó decisivamente, mucho más que la política industrial —que no se caracterizó por nuevos dispositivos— la estabilidad macroeconómica, y el crecimiento con liquidez que acompañó el éxito inicial del Plan Krieger. La estabilidad de los precios habría permitido una mayor eficiencia de las empresas en la asignación de recursos y en la elaboración de planes de inversión. Por otro lado, abrió una etapa (la única del período) con tasas de interés positivas por varios años seguidos, que hizo posible el superávit operativo de la entidad y un adecuado recupero de los préstamos. Esto redundaría a su vez en el aumento de los recursos propios, de la autonomía financiera y las "capacidades" de la institución.

En sentido contrario el autor señala la composición del directorio en esta primera etapa, que mostró una elevada participación de grandes empresarios y miembros de la Unión Industrial. Esta presencia habría interferido en el pleno despliegue de las posibilidades de autonomía institucional, identificadas fundamentalmente con una burocracia intermedia (gerencial), por su mayor disposición a atender favorablemente —dada la propia extracción— las demandas empresariales. En esta etapa tuvo su origen el régimen para la "rehabilitación" de empresas, que canalizó importantes recursos (adelantados por el Banco Central) al servicio de la supervivencia de una serie de empresas cuya viabilidad estaba muy comprometida, y que en gran parte sólo lograron diferir por unos años su proceso de liquidación. La iniciativa parece haber surgido del Banco y avalada por el Ministerio de Economía, aunque no puede colegirse de ello que se originó en su directorio. Pero en todo caso denota una lógica contrapuesta a la de los apartados anteriores.

Fue en la siguiente etapa, de 1970 a 1972, que se produjo la reorganización de la entidad como Banco Nacional de Desarrollo, ligada a una profundización de la estrategia industrializadora del estado. Al mismo tiempo es cuando sobreviene una mayor rotación de los ministros de economía, absorbidos cada vez más por las exigencias de una coyuntura en la que la inflación y el déficit de la balanza de pagos volvían a ser las notas dominantes. El análisis de Rougier muestra que si todavía el primer año evidenció rasgos comunes con la etapa anterior, a partir de 1971 se impuso un retorno al crédito para "evolución" en atención a "las circunstancias", al tiempo que el proceso inflacionario tornaba las tasas de interés crecientemente negativas, erosionaba los recursos propios del Banco y lo obligaba a depender otra vez de los adelantos del Banco Central. En cuanto a la conducción de la entidad, a partir de 1971, presentó una composición más técnica y afín, por ende, con el afianzamiento de una burocracia profesional autónoma. Sin embargo, la reorganización funcional del banco obligó a un desplazamiento de cuadros, que marcharía en lo inmediato en sentido contrario. Lo cierto es que fue en esta

etapa que se engendraron la mayoría de los grandes proyectos de infraestructura y de producción de insumos básicos, que habrían de contar hasta su maduración con el permanente apoyo del BND.

A partir de 1973, tras la asunción del gobierno peronista, nuevas reglas de juego volverían a alterar la operatoria del Banco. La reforma financiera tornaría a la entidad totalmente dependiente, como las demás del sistema, de los redescuentos del Banco Central. Esta situación implicaría por un lado un fuerte aumento de los recursos totales, mucho mayor que en los años precedentes, pero también el compromiso de atender el financiamiento de empresas y organismos oficiales, que terminarían absorbiendo la mayor parte de los fondos. En lo inmediato, el éxito del plan de estabilización del gobierno implicó el retorno de las tasas de interés positivas, y una mejora en las condiciones operativas del Bancc. Sin embargo hacia fines de 1974 el retorno de la inflación volvió a traer tasas reales negativas, al tiempo que obligó nuevamente a canalizar mayores fondos hacia el crédito de evolución de las firmas, a veces simplemente para pagar los sueldos y jornales. La conducción de la entidad, que durante la gestión Gelbard mantuvo un perfil "técnico" similar al de la etapa anterior, sufriría luego sucesivos cambios que socavarían su potencial autonomía. Al mismo tiempo, una nueva reorganización funcional (en este caso, tendiente a la regionalización), conspiraría contra la consolidación del aparato burocrático diseñado por la gestión anterior, saturado por otra parte por la multiplicación de las demandas, a medida que la crisis progresaba. En este contexto de deterioro, sin embargo, continuó el apoyo a los proyectos previos que, si bien en algunos casos acusaron el impacto de la situación macroeconómica, logran proseguir su marcha hasta más allá de este período.

La tercera y última sección del libro comprende también tres capítulos, de más breve extensión, en los que el autor encara un análisis de conjunto de ciertas temáticas que recorren todo el período. Primero analiza la participación del banco en el crédito bancario total y en el dirigido específicamente a la industria. Fue en este último caso en el que su incidencia alcanzó guarismos significativos (en torno a un 20%), que sin embargo contrastan con los que el autor obtiene al trazar la comparación con las cuentas nacionales (apenas el 3%). La distribución sectorial y regional del crédito, por su parte, no se apartó mucho de los parámetros que presentaba el producto industrial de la época, ni tampoco lo hizo su concentración en torno a las más grandes empresas, todo lo cual pondría en evidencia, según el autor, una acción crediticia que tendía a acomodarse a la demanda existente, más que a operar selectivamente como instrumento de la política industrial. Otro aspecto que destaca es la participación del Banco en el capital de las firmas privadas, a través de distintos mecanismos que en parte databan del período previo. Esto llevaría al Banco a detentar acciones en más de trescientas empresas, que componían la mayor parte del universo empresario de capital nacional. La masividad y permanencia de estas tenencias (que serán finalmente liquidadas en los años de Martínez de Hoz) hace pensar a Rougier en limitaciones más estructurales del empresariado que protagonizaba en este período el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. La sección finaliza con una serie de estu-

dios de casos, entre las más relevantes de las empresas que contaron con la asistencia del Banco a lo largo del período. Las experiencias elegidas como exitosas fueron las de los grandes proyectos promocionados, en los que el Banco intervino como parte de un engranaje más amplio que involucraba otras formas de apoyo por parte del estado, y la presencia del otro lado, de interlocutores con tangible poder. Contrariamente, los fracasos aparecen como el corolario de trayectorias hilvanadas de dificultades en las que el Banco fue llamado finalmente a intervenir, sin poder hacer mucho más que dilatar el derrumbe.

El trabajo concluye con un balance que arroja más sombras que luces, respecto de una institución que parecía haber entrado en un proceso de refundación como agente de las nuevas estrategias de industrialización, pero que terminó reiterando las mismas deficiencias que en etapas anteriores. El planteo entraña un cierto fatalismo respecto de un estado que no podía sobreponerse a un medio social del que era emergente, como de un empresariado que en su capacidad para sacar provecho de las debilidades estatales mostraba las suyas propias. Pero la historia que se cuenta no es simplemente la de un agente de políticas públicas definidas en instancias superiores. Lo es también de una institución que acumulaba una historia previa que influía en su "cultura organizacional", y que albergaba una burocracia cuyas características, forjadas en ese ámbito, también jugaron su parte. Es esa tal vez una de las líneas que el autor esboza y sugiere pero deja abiertas para un estudio más sistemático al que esta investigación, desde ya, sienta bases más que suficientes.

Andrés Regalsky

Daniel James. *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política.* Buenos Aires, Cuadernos argentinos, Manantial, 2004, 291 páginas.

En la historiografía sobre los trabajadores argentinos, los escritos del historiador inglés Daniel James representaron un punto de ruptura esencial. Tradicionalmente ancladas en las historias de sus dirigentes y sus conflictos ideológicos, los viejos trabajos sobre movimiento obrero dejaban poco espacio para relatos que involucraran a los trabajadores y, sobre todo, a la percepción que ellos mismos tenían de los procesos históricos, sus opciones y estrategias. A caballo de la fuerte reacción antiestructuralista vivida en el campo histórico en todo occidente en los años '70, sumada a la difusión y los avances ocurridos fruto de la recomposición del campo académico argentino de los años '80, la obra de James constituyó una fuente estimulante para estudiar los procesos históricos argentinos desde otro atalaya, "desde abajo", es decir, desde los mismos sectores subalternos.

Desde esta perspectiva, cuya filiación podemos encontrar en gran parte en los estudios de E. Thompson y en una generación completa de historiadores sociales británicos, la estructuración de los trabajadores como clase no es el resultado de procesos puramente objetivos o involuntarios únicamente, sino que deriva en

gran medida de sus propias experiencias y de cómo éstas son traducidas en términos culturales. Si las experiencias (laborales, comunitarias, afectivas, etc.) son elementos centrales para su constitución como sujetos, los historiadores deben encontrar instrumentos para recavarlos y dar cuenta de ellas. Esto exige una relectura de viejas fuentes o la utilización de otras novedosas, como la historia oral. Asimismo, estas nuevas formas de ver los procesos históricos, lejos de hablar en términos abarcativos de "clase obrera" a nivel nacional, privilegian miradas más acotadas pero que se suponen más precisas, como los estudios comunales o regionales, y reconocen recortes al interior del objeto de estudio, como los generacionales o los de género. De esa forma, estos "microanálisis" del mundo de los trabajadores resultan a priori menos ambiciosos que sus antecesores pero decididamente más realistas.

Inscripto en estas prácticas historiográficas, el estudio comentado se refiere al relato de vida de una trabajadora de la industria de la carne, María Roldán. Ese relato transcurre en una ciudad determinada, Berisso, y está centrado principal, aunque no únicamente, en una época crucial para la constitución como clase de los trabajadores argentinos: en el período 1943-1955.

La obra está dividida en tres partes y comienza con una descripción física de Berisso desde el presente. La ciudad parece ser muda testigo de buena parte de la agitada vida argentina durante el siglo XX. A través de sus murales, monumentos y su desordenada planificación, se deja constancia de la centralidad que la actividad frigorífica tuvo para esa comunidad en el pasado y su actual decadencia, y la fuerte impronta inmigrante que la ciudad adquirió. Por otro lado, la irrupción del peronismo y los desgarramientos posteriores de la vida política argentina dotó a esa comunidad de una identidad política que también se refleja en su geografía. Para el autor, los diferentes emplazamientos conmemorativos en la ciudad revelan "elementos en tensión" ciertamente contradictorios en cuanto al cómo ese conjunto obrero vivió esas experiencias políticas.

El relato de vida de Doña María, cuya fragmentaria transcripción ocupa la segunda parte del texto, debe leerse, nos dice James, en el marco de esa comunidad y su historia. El relato incluye su niñez, los primeros años posteriores a su llegada a Berisso, su incorporación a la planta del frigorífico Swift y el comienzo de la actividad sindical de la mano de Cipriano Reyes, en los albores del peronismo. Asimismo, relata el impacto que el surgimiento y desarrollo del peronismo tuvo en la protagonista. Por último, en un plano secundario, se cuentan los años posteriores a la caída de Perón hasta el cierre de las plantas.

El análisis de su relato, sumado a nuevos fragmentos de la entrevista constituyen toda la tercera parte del trabajo. De las palabras de Doña María se desprenden una serie de significados que revela una de las características de la cultura obrera, que James ya había puesto de manifiesto con suma eficacia en *Resistencia e Integración*: la ambigüedad de las experiencias obreras en el sistema capitalista. Las palabras de Doña María muestran por un lado una clara conciencia del carácter explotador de las relaciones laborales al interior del frigorífico, combinada con afirmaciones tales como "tenemos que respetar al patrón" (p.

62). De esa forma confirma la distancia entre la ideología formal forjada durante la vigencia del estado peronista (respetuosa por ejemplo de la propiedad privada) y la conciencia práctica, "obrerista", de los trabajadores peronistas. Esa "tensión", en el sentido que R. Williams le da al término, por definición no se resuelve sino que vive en el discurso de Roldán y va a aparecer en cada uno de los aspectos de su relato: su papel como mujer trabajadora, activista pero también esposa y madre; su participación en el fallido Partido Laborista y su declarada ortodoxia peronista, la utilización de la violencia, etc. Un relato de vida es construido a partir de una cierta lógica que le da coherencia, y el historiador debe descubrirla a partir del reconocimiento de esas tensiones y de las múltiples influencias que lo estructuran: el impacto de los discursos disponibles en la comunidad y en el ámbito público más amplio, el papel del historiador y lo que de ese relato se espera, las relaciones de poder vigentes entre los sexos, etc.

En este punto el status de la historia oral como fuente histórica se revela ciertamente problemático. Atenazado entre las visiones más positivas del conocimiento histórico y las posiciones más extremas del posmodernismo (por ejemplo el giro lingüístico o algunas ramas actuales de la antropología), el autor intenta demostrar qué podemos rescatar de él. Sin embargo, son tantas las prevenciones que James toma en relación a la lectura demasiado literal de los relatos de vida que, al final del camino, parece difícil vislumbrar en qué medidas nos sirven para conocer más acerca de los trabajadores en general.

Por otro lado, algunas cuestiones mencionadas por la protagonista no son luego rescatadas por el autor: la diferencia entre el sindicalismo y la política; la distancia establecida entre los trabajadores manuales y los trabajadores de "cuello blanco", o la referencia a la condición de judíos de los patrones ingleses. La profundización de estas vetas no exploradas nos permitiría conocer aún más la cultura popular urbana de ese período.

El epílogo rescata el último acto público de Doña María, con motivo de la campaña política del entonces pre-candidato a la presidencia Carlos Menem en 1988. James pone de manifiesto lo que considera el legado de su entrevistada (su esfuerzo para condensar sus experiencias pasadas y dotarlas de sentido político en ese presente). Esas últimas páginas constituyen un homenaje a una luchadora social por parte de un historiador comprometido con su entrevistada, pero lo más significativo es que dejan entrever una reflexión aguda sobre el fin de todo un período de la cultura obrera, su memoria y sus tradiciones.

La admiración demostrada por el autor puede constituir un punto en contra. En general, los historiadores tienen una especial devoción por aquellos miembros de una comunidad que se rebelan contra las diferentes formas de opresión. Pero ¿qué ocurre con el resto del colectivo que no lo hace, o lo hace sólo esporádicamente? A éste se le dedica mucho menos espacio, quizá porque su relación con el sistema capitalista es mucho más ambigua y opaca y por lo tanto más difícil de analizar. Sin embargo, abarcarlo nos permitiría un mejor conocimiento del pasado.